

hombres, y se capturó á mas de dos mil, sin contar mucha artillería y banderas. Al llegar al mismo linde de los bosques que se hallan antes de Etoges, fué preciso hacer alto.

Ya se habian apresado, herido ó muerto á Blucher al rededor de siete mil hombres. Pero aun pretendia Marmont conseguir algunos despojos. Bien se le alcanzaba que el general prusiano desearia pernoctar en Etoges; que sus cansadísimas tropas se desparramarían confusamente al rededor de la aldea ó en la selva circunvecina, y que apareciendo de pronto en medio de ellas durante la noche, se las podría poner en desórden grave, y sobre todo se las empujaría mas allá de Etoges y abajo de la meseta donde se peleaba ya hacia muchos dias. Destinado nuevamente, según todas las eventualidades, á guardar la posición aquella mientras Napoleon iba á combatir á otro punto, se inclinaba Marmont á alojarse en Etoges, desde donde dominaría el camino de Vertus. Así, pues, resolvió tentar contra Blucher un ataque de noche.

Con todo, no tenía á su disposición mas que muy escasas fuerzas, por haberse ya esparcido sus soldados para buscar de comer en los campos. Le seguía la división de Leval que el mariscal Ney pretendía contar á sus órdenes. Despues de una disputa bastante viva entre ambos, Marmont tomó parte de esta división y con uno de sus regimientos de marina se metió en el bosque á favor de la oscuridad, y luego cayó de repente sobre Etoges en el momento en que el enemigo extremado de fatiga comenzaba á gustar algun reposo. Este imprevisto ataque tuvo un éxito completo. Asaltados prusianos y rusos, antes de que se pudieran poner

en defensa, fueron repelidos mas allá de Etoges y obligados á huir hácia Bergères y Vertus en las altas horas de la noche. Se les copó una buena porción de las tropas rusas de Orosoff y este mismo general con su estado mayor todo. Aun esta última parte de la jornada costó al cuerpo de Blucher mas de dos mil hombres y mucha artillería.

De consiguiente la jornada del 14, llamada de Vauchamps hizo perder á Blucher de nueve á diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. No era posible terminar mas brillantemente esta admirable série de operaciones. Salido el 9 de febrero de Nogent-sur-Seine, llegado el 10 á Champaubert, capturó ó destruyó Napoleon al cuerpo de Olsouvieff en este dia, batió el 11 en Montmirail al cuerpo de Sacken, batió y arrolló el 12 sobre Chateau-Thierry al de York, empleó el 13 en restablecer el puente sobre el Marne para lanzar á Mortier en persecución del enemigo, y retrocediendo camino sobre Montmirail el 14, acometió á Blucher que llegaba torpemente á alcance de sus golpes, como para facilitarle la coyuntura de abrumar al último de los cuatro destacamentos del antiguo ejército de Silesia. Así, casi sin batalla, en cuatro combates dados uno tras otro, desorganizó Napoleon por completo esta hueste, quitándola veinte y ocho mil hombres de los sesenta mil suyos y además una inmensa porción de artillería y de banderas, y castigando cruelmente al mas vano, al mas vigoroso y al mas sañudo de sus contrarios. ¡Razon había para que Napoleon se ufanara de su ejército, de sí propio, y de los últimos fulgores de su estrella milagrosa hasta en el infortunio!

De seguida Napoleon encaminó á París á los

diez y ocho mil prisioneros cogidos en las últimas acciones, á fin de que la capital los viera con sus propios ojos, y de que aun creyera en el genio y en la fortuna de su emperador al contemplar estos despojos dignos de la guerra de Italia.

París habia sabido sucesivamente los inesperados triunfos, y á excepcion de algunos corazones extraviados por el espíritu de partido ó por el odio al despotismo imperial, se regocijó cordialmente. Al anuncio de las columnas de prisioneros sintieron viva ansiedad los parisienses, que esperaban dentro de dos ó tres dias verlos desfilar por los bulevares. Mas apenas osaron abandonarse al alborozo, pues mientras sabian la derrota de Blucher y sus lugartenientes en Champaubert, Montmirail, Chateau-Thierry, Vauchamps, les llegaba la noticia de que Schwarzenberg se hallaba á punto de forzar de Nogent á Montereau el paso del Sena, y de que los cosacos de Platow habian asomado por la selva de Fontainebleau. A su vez era victima de las mas crueles angustias la desgraciada ciudad desde cuyo seno habia caido el terror durante veinte años sobre todas las capitales. Ni aun la victoria le podia poner á cubierto de sus inquietudes, como que apenas batido un enemigo sobre el Marne, otro se presentaba sobre el Sena, y tranquila por el lado de Meaux, se tenia que sobrecoger al tender la vista por el de Melun y Fontainebleau. De resultas partieron de París las mas vivas instancias con el fin de que Napoleon se arrimara al Sena. Por esta razon tuvo que abandonar á Marmont antes del fin de la jornada de Vauchamps, y que volver á Montmirail para expedir nuevas órdenes y preparar nuevos combates,

Ahora véase lo acontecido al gran ejército del príncipe de Schwarzenberg. Interin dejó Napoleon el Aube y el Sena para trasladarse al Marne, se encaminaron los soberanos aliados á Troyes, y yendo su ejército por delante, ocupó desde Nogent á Montereau el curso del Sena, y aun aspiró á extenderse hasta el Yona, á fin de precaver el peligro de ser rebasado por su izquierda. A marchar sobre París por las dos orillas del Sena, por Fontainebleau y Melun, aspiraba el antiguo ejército de Bohemia, en tanto que el de Silesia seguia el curso del Marne y llegaba por Meaux al mismo punto. A la sazón la esperanza de entrar allí inflamaba la imaginacion de Alejandro. Mientras que el emperador Francisco, vivia modestamente en Troyes, viendo á pocos, no tratando frecuentemente mas que con Mr. de Metternich, dado el emperador Alejandro á una actividad febril, andaba de un cuerpo de ejército á otro, afectando dirigirlo todo y recomendando á Blucher de continuo que le aguardase antes de entrar en la capital de Francia. Por agradar á los patriotas de su estado mayor, se prestaba el rey de Prusia á todos los movimientos de su aliado, si bien con la mala maña de un hombre prudente y mal cortado para papel tan fútil y bullicioso. En tal estado les halló un testigo ocular y fidedigno, el valiente y entendido general Reynier, cangeado por el general conde de Merfeldt (prisioneros en Leipsick uno y otro), y que pasó por Troyes al ir á París despues del cange. Presentado el general Reynier á los soberanos aliados, oyóles y recogió con suma atencion sus palabras (1). El emperador Francisco le instó á re-

(1) Apenas llegado el general Reynier á París hizo una

petir á su yerno un consejo que ya le habia dado muchas veces, el de ceder á la fortuna, de abandonar lo que se le exigia, puesto que no podia conservarlo, y de considerar actualmente los destinos de Austria, para aprender que someterse á las duras necesidades de lo presente no era mas que un medio de salvar lo porvenir á menudo. Casi nada habló el rey de Prusia á tenor de su costumbre, pero Alejandro lo hizo con vivacidad extremada. Ante todo preguntó al general Reynier cuándo pensaba hallarse en París, y como le respondiera que del 14 al 15 de febrero, replicóle Alejandro.—En ese caso, Blucher llegará antes.... Napoleon me ha humillado, yo le humillaré á mi turno, y tan lejos estoy de hacer la guerra á Francia, que, si supiera que Napoleon habia muerto, en el instante haria alto.—Entonces V. M. hace la guerra por los Borbones, dijo el general Reynier.—Por los Borbones, repuso Alejandro, no tengo el mas mínimo empeño. Entre vosotros, entre los generales ilustres, que tanto han contribuido á la gloria de Francia, elegid un gefe y prontos estamos á aceptarle.—Descendiendo entonces Alejandro á las confianzas mas singulares, le dejó entrever el proyecto de imponer á Bernadotte á Francia, como impuso Catalina cuarenta años antes á Poniatowski á Polonia. Ante esta abertura el general Reynier

relacion fiel de esta conversacion que fué enviada á Napoleon. Esta relacion es uno de los documentos secretos mas curiosos de aquellos dias y digno de la mas cabal confianza, porque el general Reynier era incapaz de alterar la verdad, y además su relacion concuerda con todo lo que los despachos diplomáticos franceses y extrangeros nos dicen sobre el cuartel general de los soberanos.

dejó desconcertado al emperador Alejandro, significándole el desprecio concebido por los militares franceses respecto de la conducta y de los talentos del nuevo principe sueco. Sorprendido y disgustado el czar despidió al general Reynier, quien salió para Paris al instante, y fué á ofrecer á Napoleon su espada, oferta bien meritoria en semejantes circunstancias, pues habia desechado las proposiciones mas lisonjeras de Alejandro, á trueque de proseguir fiel á Francia sin ventura. Suizo era el general Reynier de nacimiento, pero francés de corazon y por los servicios.

Entonces el orgullo herido y el afan de venganza inspiraban todas las acciones del emperador Alejandro. No por otro motivo habia mandado suspender las sesiones del congreso, fundándose para no continuarlas en que Mr. de Caulaincourt no habia aceptado las proposiciones de Chatillon de seguida. Respecto de tal punto manifestaba una resolucion tenaz y no queria que se tratara de nuevo. Mr. de Metternich, ayudado por lord Castlereagh, se oponia á esta voluntad del czar con todas sus fuerzas. Persistiendo el ministro austriaco en no llevar demasiado lejos la lucha, que fuera de ciertos limites sólo aprovechaba á la preponderancia de Rusia, dispuesto el ministro inglés á detenerse con tal de que Amberes y Génova les fueran abandonadas, para resistir al emperador Alejandro se valieron de la carta secretamente escrita por Mr. de Caulaincourt á Mr. de Metternich, y en la cual preguntaba si, al admitir las condiciones propuestas, lograria á lo menos atajar las hostilidades. Apoyados en esta carta dijeron que Francia estaba propensa á ceder á los votos de los aliados,

y que por tanto no había motivo para llevar las hostilidades mas lejos, ni para exponerse á inútiles peligros por un objeto que no había entrado en la mente de ninguna de las potencias coaligadas. Con efecto, el emperador Francisco no podía decir á Europa que hacia la guerra para destronar á su hija, y aunque ya estuviese la opinion muy modificada en Inglaterra, tampoco el gabinete británico podía declarar al parlamento que hacia la guerra por restablecer á los Borbones. Si, dueño ya lord Castlereagh de privar de Amberes y de Génova á Francia, se expusiera á un revés por traspasar su cometido, no se pudiera presentar á la cámara de los lores ni á la de los comunes. Finalmente, prolongando las hostilidades se aventuraba que Francia tomara partido, y ya en algunos puntos se veía á los paisanos empuñar las armas, interceptar los convoyes, matar á los hombres aislados; peligro que amenazaba ir en aumento, y que debía acrecentar extraordinariamente las dificultades de esta encarnizada lucha. Como se necesitaba indispensablemente de las tropas de Austria y del dinero de Inglaterra, y como en esta coyuntura habian acreditado Mr. de Metternich y lord Castlereagh una gran firmeza, se asintió á proseguir las conferencias, y envióse á los plenipotenciarios, aun reunidos en Chatillon, un proyecto de preliminares, en virtud del cual las hostilidades habian de cesar al punto, pero tan humillante en la forma, que se juzgaba como equivalente á la entrada en Paris. Este era el consuelo que se habia querido proporcionar al emperador Alejandro, quien se satisfizo con la esperanza de que Napoleon no aceptaria este nuevo proyecto, y entretanto daba prisa al prin-

cipe de Schwarzenberg para marchar sobre Paris, á fin de no tener el sentimiento de llegar allí detrás del mariscal Blucher, ó de ser detenido por la signatura de la paz en el momento de la entrada.

A continuacion de estas resoluciones el principe de Schwarzenberg avanzo de Nogent á Montereau paralelamente al Sena. Sobre Nogent y Bray dirigió los cuerpos de Wittgenstein y del mariscal de Wréde, sobre Montereau á los wurtembergueses, y sobre el Yona las tropas de Colloredo y de Giulay con orden de cruzar este rio y de trasladarse á Fontainebleau. Entre Troyes y Nogent y á las órdenes de Barclai de Tolly se quedaron las reservas rusa y prusiana. Habiéndose presentado Wittgenstein y de Wréde en Nogent y Bray fueron recibidos en el primer punto por el general Bourmont, dejado allí por el mariscal Victor no mas que con mil doscientos hombres. Despues de un combate heróico les repelió este general con pérdida de mil quinientos soldados. Pero en Bray forzaron el paso del rio, no hallando mas que guardias nacionales. Al ver forzado el mariscal Victor por Bray el paso del Sena, no se atrevió á permanecer detrás de Nogent y se retiró á Provins y Nangis. Arrastrado el mariscal Oudinot en este movimiento retrógrado, y no teniendo mas que la division de Rottenburgo para restablecer las cosas, siguió la retirada de Victor, y ambos fueron á tomar posicion detrás del riachuelo Yéres, que cruza á Brie y va á desaguar al Sena cerca de Villeneuve-Saint-Georges. Al amparo de tan débil riachuelo aguardaban los dos mariscales que llegara Napoleon en su ayuda. Siempre á caballo el bizarro general Pajol, á pesar de habérsele abierto las he-

ridas, no se podía mantener en Montereau despues del abandono de Bray y de Nogent; así recogió el general Alix, que acababa de defender á Sens con sumo denuedo, y se replegó desde el Yona al canal de Loing, y desde el canal de Loing á Fontainebleau.

Por consiguiente el 14, día en que Napoleón consumaba la derrota del antiguo ejército de Silesia, se hallaban situadas las tropas del antiguo ejército de Bohemia de este modo; el príncipe de Wittgenstein en Provins, el mariscal de Wréde en Nangis, los wurtembergueses en Montereau, el príncipe de Colloredo en la selva de Fontainebleau, el general Giulay en Pont-sur-Yonne, los cosacos en los alrededores de Orleans, Mauricio de Liechtenstein en Sens con las reservas austriacas, y por último, Barclay de Tolli en segunda línea, entre Nogent y Bray, con las guardias rusa y prusiana. Ciertos rumores de los desastres de Blucher habian llegado al cuartel general de los aliados, mas se ignoraba su importancia, y todos se lisonjaban de poder llegar á Paris por Fontainebleau y Melun.

Al saber Napoleon tan triste estado de cosas, con su prodigiosa actividad sin otros límites que las fuerzas físicas de sus soldados se trasladó de Vauchamps á Montmirail al punto, seguido por la Jóven y Vieja Guardia y por toda la caballería. Al mariscal Marmont le fió el cuidado que ya habia tenido de permanecer entre el Sena y el Marne, desde Etoges hasta Montmirail, de observar desde allí los restos de Blucher, y de alargar la mano á Mortier, enviado en persecucion de Sacken y de York hácia Soissons. Despues tomó sus disposicio-

nes para ir sobre el Sena y hacer cara al príncipe de Schwarzenberg.

A la mente de Napoleon se ofrecia en este momento una cuestion de gravedad suma. ¿Convenia marchar en derechura de Montmirail á Nogent por Sezanne, camino que ya habia seguido, para llegar al Sena por el camino mas corto, y caer así sobre el flanco del príncipe de Schwarzenberg de pronto, ó era preferible seguir el movimiento retrógrado de los mariscales Victor y Oudinot, que se debia presumir llevado mas lejos á tenor de las últimas noticias, y retroceder hasta las márgenes del Yéres, á fin de juntar estos mariscales y de atacar todos de frente al príncipe de Schwarzenberg y arrollarle sobre el Sena, que ya habia cruzado? Ciertamente, á ser posible en la guerra conocer siempre á tiempo los proyectos del enemigo, no ignorara Napoleon que los cuerpos del antiguo ejército de Bohemia estaban diseminados entre Provins, Nangis, Montereau, Fontainebleau, Sens, y que así, arrojándose en medio de ellos por el camino de Sezanne á Nogent, que era el mas corto, cogiera de flanco los desparramados cuerpos del enemigo, se juntara á Victor y Oudinot por su derecha, arrollara sucesivamente á Wittgenstein y á de Wréde sobre el príncipe de Wurtemberg, á los tres sobre Colloredo, y destruyera ó capturara á muchos de los que habian cruzado el Sena (1).

(1) Aquí respondo al cargo muy poco fundado que, en su excelente y concienzuda obra sobre la campaña de 1814, dirige el general Koch á Napoleon por no haber marchado directamente de Montmirail á Provins, en vez de retrogradar hasta Meaux. El general Koch, siempre ilustrado é imparcial, es el único escritor de aquel tiempo

Pero habiendo empleado Napoleon cinco dias en pelear contra el antiguo ejército de Silesia, no sabia lo acontecido al antiguo ejército de Bohemia, y no estando al cabo de los sucesos debia ajustar su conducta á lo mas verosímil á todas luces. Lo que ofrecia mas carácter de tal, era que, despues de retroceder mucho los mariscales, retrocediendo mas aun se habrian detenido detrás del riachuelo Yéres cuando menos; que tendrian á Schwarzenberg delante, y atacándoles con fuerzas que no bajarían de ochenta mil hombres, habiéndoles acaso ya batido, y en este caso, si Napoleon se trasladaba en derechura sobre Nogent ó Provins no mas que con veinte y cinco mil hombres, se exponia á que Schwarzenberg revolviere con ochenta mil en su contra, y le hiciera sufrir un gran descalabro, antes de que se pudieran agregar los dos marisca-

que merece verdadera confianza: no obstante se engaña á veces, sobre todo, cuando no tiene la correspondencia imperial á la vista, lo cual impide conocer y avalorar las causas de las determinaciones que examina. Segun hemos repetido á menudo, no se debe juzgar á Napoleon sino con extremada reserva, pues muy bien cabe afirmar, que cuando se equivoca, lo cual le acontece muy rara vez, en sus combinaciones militares, solo depende del impulso de su pasion política ó de la forzosa ignorancia de las operaciones del enemigo. Fuera de esto no ofrece duda que sus movimientos están calculados con profundidad y fijeza incomparables. De consiguiente, antes de fallar, conviene leer cuanto queda escrito sobre sus intenciones, y dar por sentado, cuando no se hallen los motivos en las dos causas apuntadas, que resultarán de los hechos estudiados mas á fondo. Con efecto, es raro que, estudiándolos mas detenidamente, no se encuentren nuevas razones para admirar su génio, aun deplorando la política immoderada que le ha perdido.

les. Además, todos los caminos de travesia de Montmirail á Nogent ó á Provins eran muy malos y habia peligro de atollarse en ellos. Por esta razon muy de monta y por la de la prudencia, no era lo mas seguro hacer punta derechamente sobre el Sena y retrogradar hasta el Yéres á imitacion de los mariscales, sino juntarse á ellos por el camino sólido de Montmirail á Meaux, de Meaux á Fontenay y Guignes, y componer de este modo una masa de sesenta mil hombres, que bastaba para impeler al príncipe de Schwarzenberg sobre el Sena. En lugar de coger de flanco al generalísimo austriaco, se le acometeria así de frente; y podia ser que en vez de hallarle formado en una sola masa, se le encontrara diseminado en muchos cuerpos, y entonces no seria muy difícil tratarle como se acababa de tratar á Blucher.

Este era el único plan que podia sugerir el buen sentido, y Napoleon, que en la guerra juntaba siempre la cordura á la audacia, no titubeó en adoptarlo. Aquella misma noche dispuso que toda su Guardia, Joven y Vieja, de infantería y caballería, la division de Leval procedente de España, y la caballería del general Saint Germain, ejecutaran una larga marcha hasta Ferté-sous-Jouarre al dia siguiente 15 de febrero, y personalmente partió á Meaux con el fin de vigilar los movimientos de sus tropas.

Llegado á Meaux el 15 por la tarde, adoptó allí sus últimas disposiciones. A Meaux se habia replegado el mariscal Macdonald despues de la retirada que tanto le habia afligido, y en Meaux procuraba reorganizar su cuerpo de ejército. Este, con los restos que habia llevado, con algunos batallones

sacados de los depósitos de París, con las guardias nacionales que pudieran ser reunidas, se distribuyó en tres divisiones compuestas de doce mil hombres de todas armas. Al punto le hizo partir Napoleón por el camino de Meaux á Fontenay, y envióle sobre el Yéres, esta escasa corriente de agua, detrás de la cual se iban á concentrar todas nuestras fuerzas. Allí se habian retirado los mariscales Victor y Oudinot, y allí les mandó que se mantuvieran firmes, no sin anunciarles para el día siguiente 46 su llegada. Ya la caballería sacada de España estaba mas allá de París en número de cuatro mil ginetes sin rivales. Napoleón juntólos en Guignes, donde supuso que se le daría la batalla principal de la campaña. De París y á las órdenes de los generales Charpentier y Rover acababan de salir las dos divisiones de Jóven Guardia allí organizadas, para trasladarse á la orilla izquierda del Sena é interceptar el camino de Fontainebleau. Sin duda pudiera llevarlas Napoleón á la orilla derecha del Sena, para juntar en los alrededores de Guignes sus recursos todos; mas era demasiado dejar á París completamente al descubierto sobre la orilla izquierda, cuando allí habian dirigido una porcion notable de sus fuerzas los aliados. Así envió estas dos divisiones sobre el Essona, con recomendacion de defenderse hasta el último extremo, y de atender así á cubrir á París por la orilla izquierda del Sena, mientras personalmente cuidaba de ponerle á salvo por la orilla derecha mediante una batalla decisiva. Finalmente, dió las instrucciones necesarias para ser dueño absoluto de los pasos de los rios junto á los cuales iba á desarrollar sus maniobras, para que se preparasen vive-

res en todos los caminos, y sobre todo para juntar las carretas de los labradores, á fin de que transportados en ellas los soldados de la Guardia pudieran duplicar ó triplicar las etapas. A otro día partió de Meaux y llegó por Fontenay á Guignes, al tiempo en que los mariscales Victor y Oudinot, arrollados sobre el Yéres, disputaban sus márgenes á las avanzadas del príncipe de Wittgenstein y del mariscal de Wréde. Semejante estado de cosas justificaba la determinacion que Napoleón habia tomado, pues reunido á los dos mariscales no tenia que temer á Wittgenstein y á de Wréde, como que juntaba sesenta mil hombres para oponerlos á cincuenta mil contrarios, lo cual le prometia los mas rápidos é insignes triunfos.

Considerando Napoleón que si era imponente la masa de fuerzas que tenia delante, no podia ser todo el ejército de Schwarzenberg de ningun modo, pues se anunciaba á la vez la presencia del enemigo en Montereau, en Fontainebleau, en Sens, y hasta en los alrededores de Orleans, comprendió que no debia tener en frente mas que la mitad del antiguo ejército de Bohemia a lo sumo, y resolvió tomar la ofensiva sin tardanza. Aunque su Guardia y la division de Leval no eran llegadas todavia, con los mariscales Oudinot, Victor y Macdonald, y con la caballería de España juntaba de treinta y cinco á treinta y seis mil hombres, número bastante para atacar á cincuenta mil conduciéndolos en persona. Fuera de esto, los veinte y cinco mil hombres que le seguian se le iban á incorporar dentro de pocas horas, y así tomó sus disposiciones para dar principio á la accion á la punta del día.

Con efecto, el 17 desde muy de madrugada se

puso á caballo para dirigir por sí mismo los movimientos de sus tropas. Habiendo formado el mariscal Victor la retaguardia en la retirada del Sena al Yéres, se halló ahora naturalmente en la vanguardia. Este mariscal avanzaba llevando en el centro las divisiones de reserva de Dufour y de Hamelinaye, que prodigaba de buena voluntad, como pertenecientes al general Gerard, y sobre las alas las divisiones de Duhesme y Chataux del segundo cuerpo, que era el suyo, y las cuales economizaba mas por este motivo. A la derecha iba desplegada la caballería del quinto cuerpo á las órdenes del general Milhaud, á la izquierda la caballería de España á las del general Treillard, ambas prontas á dar cargas de muerte. Detrás del mariscal Victor marchaban los mariscales Oudinot y Macdonald. Mas á la espalda y á muchas leguas de distancia, viajando la Guardia en carretas, cubría el camino de Meaux á Guignes.

Apenas se emprendió el movimiento desde este último punto á Mormant, se divisó al conde de Pahlen formando la vanguardia del príncipe de Wittgenstein con dos mil quinientos hombres de infantería y cerca de mil ochocientos caballos. Excelente presa ofrecíase de este modo al principio de las operaciones contra el antiguo ejército de Bohemia. El general Gerard, superior á los demás y aun á sí mismo en esta ruda campaña, se lanzó adelante á la cabeza de un batallón del 32.º de línea, compuesto de reclutas, metidos en un cuadro veterano y ya célebre desde Italia. Espada en mano penetró en Mormant y ahuyentó á la infantería del conde de Pahlen, que allí buscó refugio con la esperanza de que le trajeran ayuda los bávaros es-

tablecidos en Nangis. Sin este asilo vióse obligada la infantería rusa á cruzar el espacio que separa á Mormant de Nangis al descubierto. Drouot la cubrió de metralla, desembocando de Mormant con sus cañones, mientras la acometieron á sablazos el conde de Valmy con los escuadrones recién llegados de España por la izquierda, y por la derecha el conde Milhaud con los dragones llegados el año precedente. A pesar de su solidez fueron rotos los cuadros rusos y cogidos en totalidad con su artillería. Antes de poderse dar á la fuga fué su caballería atacada y capturada ó destruida en mucha parte. Esta refriega costó á los rusos cerca de ocho mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y además once cañones.

Tal estreno auguraba al ejército del príncipe de Schwarzenberg un trato muy semejante al que el ejército de Blucher habia sufrido. Mas se necesitaba perseguirle sin tregua para obtener los resultados que se debían esperar fundadamente, y Napoleon precipitó el movimiento de todos sus cuerpos de tropas. Con rapidez se siguió el avance hacia Nangis, arrollando á la vez á los rusos de Wittgenstein, cuya vanguardia acababa de ser destruida, y á los bávaros que se replegaban sobre su cuerpo de batalla. El éxito de esta nueva serie de operaciones estribaba esencialmente en el paso inmediato del Sena, pues si Napoleon conseguía cruzarlo antes de que lo repasasen todos los cuerpos enemigos, y particularmente los que se habían aventurado hacia Fontainebleau, casi estaba seguro de impedir que los mas de los retardados hallaran escape. De consiguiente encaminóse á toda prisa á los puentes de Nogent, Bray y Montereau,

que tenia delante. Por Provins despachó al mariscal Oudinot hácia Nogent con parte de la caballería de España á las órdenes del conde de Valmy, y por Donnemarie al mariscal Macdonald hácia Bray. Personalmente y haciendo que le siguieran las tropas del mariscal Victor, echó Napoleon á la derecha, y por Villeneuve se dirigió á Montereau. No sabiendo cual de estos tres puentes seria mas fácil de reconquistar enderezaba sus esfuerzos contra los tres á un tiempo mismo. Al marchar atrevidamente podia ser que se tomaran uno ó dos al golpe, y entonces se realizaria lo de cruzar el Sena bastante pronto para cortar la retirada á todos los cuerpos enemigos que hubieran avanzado mucho.

Yendo el mariscal Victor sobre Villeneuve, precedido siempre por las divisiones de Dufour y de Hamelinaye, que guiaba el general Gerard, encontró algo mas allá de Valjouan á la division bávara de Lamotte que buscaba escape y tenia escasa caballería que oponer á la nuestra. De través estaba sobre el camino, con la izquierda fuertemente establecida en la aldea de Villeneuve y la derecha desplegada en una pequeña llanura cercada de bosque. Presente el general Gerard en todos los lances fuése hácia Villeneuve con un batallon del 86.º de línea, la tomó á la bayoneta, y asi quitó á la division de Lamotte el apoyo de esta aldea. De resultas se vió en la necesidad de retirarse por entre la poca extensa llanura que tenia á la espalda, para buscar asilo en los bosques. Este era el instante de que cargaran nuestros ginetes. Alli se hallaba el general Lheritier, gefe de parte de los dragones de Milhaud, y si aprovechara la coyuntura, no se salvara de la division de Lamotte ni un hombre.

Nuestros soldados, siempre inteligentes, clamaban por la caballería á voces; mas ya fuese que el general Lheritier aguardara las órdenes del mariscal Victor en vano, ya que no descubriera esta ocasion favorable, lo cierto es que permaneció inmóvil, y que la infantería bávara pudo cruzar impunemente el terreno descubierto por donde tenia que ir á la fuerza. Afortunadamente el general Gerard, guiado por un paisano, siguió los lindes de los bosques, y desembocó de improviso con su infantería sobre el flanco de la division de Lamotte que se retiraba formada en cuadros. Atacólos á la bayoneta y rompió muchos de ellos, á lo que le ayudó muy á tiempo el general Bordessoulle, que viendo la inmovilidad del resto de la caballería, cayó sobre el enemigo con trescientos reclutas de coraceros apenas llegados del depósito de Versailles. Estos ferrosos principiantes, con un ardimiento y una ferocidad harto frecuente en soldados bisoños, se encarnizaron con los bávaros deshechos y destrozaron á muchos con sus sables. Asi se quitaron mil quinientos hombres á esta division que se pudo coger entera. De seguida se marchó á Salins, donde el mariscal Victor se detuvo á hacer noche, sin embargo de tener orden para correr sobre Montereau. Su deseo fuera que el general Gerard se encaminara á este punto; mas no podia á causa de tener sus tropas destrozadas por una larga marcha y por dos combates; y asi al mariscal Victor correspondia formar la cabeza de columna durante la noche, ya que ninguna de sus dos divisiones habia tomado parte en la lucha. Pero este mariscal no hizo nada; se hallaba cansado, enfermo, abatido, descontento de Napoleon, á quien tildaba de haber defendido mal